

IRIS





mas en auge en Barcelona que en otra parte alguna de España, islas adyacentes y ex colonias de ultramar. Para que el público se decida á abandonar su predilecta diversión es preciso nada menos que aparezca una figura tan culminante como la de la grande, famosa y genial actriz extranjera, ante la cual han rendido parias los más ilustres auditores de Europa y América. Sea, pues, para bien su venida.

La celebridad de la Duse arranca ya de algunos años, y recibió solemne confirmación en la representación especial que dió en París ante un público compuesto exclusivamente de gente del oficio. Antes, sin embargo, la habia proclamado Dumas, hijo, la mejor intérprete de la *Dama de las Camelias*, cuyo papel la vió ejecutar en un teatro de Italia. El juicio del insigne dramaturgo debia necesariamente influir mucho en la buena acogida que se dispensó á la Duse en París, donde todo lo que no es francés cuesta gran trabajo que se elogie. Sarcey mismo tuvo que reconocer el superior mérito de la Duse, aunque á regañadientes.

En cambio, en Berlin donde, con echárselas menos de *cerebro del mundo* son más imparciales, la Duse es objeto de apasionada admiración, sin perjuicio de contar aquellos teatros con artistas en nada inferiores á las francesas, de fama más *tapagense* que bien fundada.

Como sucede tratándose de las grandes figuras del arte, la Duse no deriva de nadie, y es más que difícil que salga otra como ella. Contrariamente á la teoría de la imposibilidad interior, mientras exteriormente se revelan los más extremados sentimientos, parece ser que en la Duse se realiza el fenómeno de una compensación casi alucinatoria entre su propia naturaleza y la del fingido personaje que representa, sea cuales fueren sus rasgos culminantes. De ahí la extraordinaria movilidad de su fisonomía que la hace desconocer de una obra en otra y la intensidad de su emoción, por lo mismo tan comunicativa. Dejándose llevar por la identidad entre su propio yo y el tipo escénico que reproduce no tiene porque hacer nada más que seguir el impulso natural, pero no es eso solo lo que resulta de su labor, pues interviene también el arte para dar carácter de belleza á lo que de otra manera resultaría anti-estético pues la verdad pura y escueta no es bella casi nunca.

Agréguese á esto que la Duse, dotada de poderosa inteligencia, tiene formada del arte tan elevada idea que, según parece, se encuentra como cohibida y aprisionada dentro de los moldes de los dramas que representa y en medio del mezuquino marco de los teatros en que se deja ver. Dicese que su ideal sería la antigua escena griega, la de Esquilo y Sófocles, tal como era en los vastos teatros á cielo descubierto, ó algo que se pareciera á la grandiosidad de los dramas wagnerianos; noble concepción que revela por si sola la excelstitud de su ánimo. Ya que así no pueda ser, sin embargo, es suficiente para la fruición artística ver interpretar á la Duse las pasiones y sentimientos modernos, según los llevan al teatro los hábiles dramaturgos franceses, los simbolistas del norte ó los vigorosos autores alemanes. Baste que los interprete tan ilustre artista para que se acepte como oro de ley lo que muchas veces no es más que moneda falsa.

M. LEÓN

LAS HOJAS CAÍDAS

«Hojas del árbol caídas,
juguete del viento son;
las ilusiones perdidas
son hojas ¡ay! desprendidas
del árbol del corazón.»

EUPHROSINA

Si las ilusiones son como las hojas que caen, cuando llega el otoño. Hojas de los árboles, ilusiones del alma todo es lo mismo. Ambas, las hojas y las ilusiones, tuvieron su primavera. Ambas fueron iluminadas por el sol más puro; ambas fueron arrulladas por los cánticos más armoniosos, los cánticos que modula el amor que nace; ambas fueron mecidas por la brisa más dulce, esa brisa que recorre el espacio cuando en el cielo no hay nubes, brisa que donde quiera que toca deposita un perfume y un beso.

Pero, aunque natural, no deja de ser triste ese espectáculo. Recordad la época hermosa en que las ramas empiezan a poblarse de hojas. ¡Con qué alegría las ve brotar el labriego! Primero son tiernísimas yemas, diminutos botones. Después van desplegándose poco a poco hasta convertirse en verde ropaje de los vegetales. Entre ellas hacen los pájaros sus nidos y abren las flores sus pétalos, protegiendo y encubriendo esas dos sublimes cosas que se llaman una flor y un nido. Viene luego el fruto. Y cuando el árbol, ó el arbusto, ó la planta han recorrido el círculo de su destino, las pobres hojas vienen á tierra, como inútil despojo, como escoria que habrá de arrebatar el viento y convertirla en polvo. Pues, haced cuenta que las ilusiones tienen idéntica suerte.

¡Feliz el mortal que consigue ver el fruto de al-



guna de ellas, de alguna de sus rosadas ilusiones! Pero la ilusión que nace como una aurora, llena de luz y de esperanza, va marchitándose á medida que penetra en los fríos dominios de la realidad impura.

Muchas ilusiones mueren apenas aparecen. Otras, las menos, continúan engañándonos agradablemente con los seductores espejismos que nos deslumbran en los oscuros desiertos de la vida. Pero, todas, todas, como las hojas secas, concluyen por caer de lo alto, por abatir su vuelo y revolcarse y perderse en los fangosos abismos del mundo.

Respetad las hojas caídas. No pongáis vuestro pie encima de ellas, cuando marchéis por los paseos.

¿No os suena su crugido como el crugido de un osario? Si; el otoño trueca el suelo de las arboledas en un osario, en un largo reguero de cosas muertas, y al decir «muertas» se dice claramente que gozaron de una existencia. Yo no os pido, naturalmente, una oración ó una lágrima ante esos cadáveres de la naturaleza. Sólo os pido un sentimiento de respeto. Esas hojas caídas amarillas, secas, son el símbolo de nosotros mismos. También como ellas, rodaremos por el suelo.

Y ¡quién sabe si como ellas tendrán nuestros restos una tumba ignorada, ó no tendrán ninguna!

Cada año, con el ritmo propio de la vida universal, presenciemos el mismo

cambio, y, sin embargo, siempre el espectáculo de las hojas caídas produce como un frío en el corazón.

JOSE CAMPOS

VANITAS VANITATUM

Convenzamos en que el pueblo, creyente «á macha martillo», suele por excesos del fervor, ó por otras causas, incurrir en profanaciones que no son muy compatibles, «que digamos», con su decantada religiosidad.

No sé, si por efecto de ese carácter impresionable, propio de «los hijos del mediodía», propenso á buscar en las plácidas sensaciones lenitivo á sus dolores, ó porque, de buena fe, considera loable en la práctica el contraste que resulta de sus piadosas intenciones y la forma de manifestarlas, el caso es, que el pueblo, con frecuencia, mezcla lo místico y lo profano, confunde lo sublime y lo grotesco, y trueca en pintorescas escenas de regocijado sainete aquello que venera por más sagrado allá en las intimidades recónditas del corazón.

Demostación plena de lo que decimos, hallamos evidenciada en la costumbre tradicional de visitar los cementerios todos los años, durante la tarde del primero de noviembre, víspera de la conmemoración de los difuntos.

Nada tan hermoso, nada tan plausible, como el afán que los vivos manifiestan, por honrar la memoria de los muertos queridos; pero la pícara vanidad, que domina como absoluto dueño en el corazón humano, ha adulterado esa piadosa costumbre, que aprovecha la «oportunidad» para recrearse en la admiración de los «soberbios» y artísticos monumentos, que sirven para guardar los «restos mortales» de aquellos que, en vida, disfrutaron los halagadores privilegios del dinero. Por eso vemos que en los cementerios «de moda», digámoslo así, elegidos por los cortesanos de la fortuna para enterrar «sus muertos, es mucho mayor la afluencia de visitantes, que van á extasiarse en la contemplación de los suntuosos mausoleos que contienen las cenizas de los magnates, admirando, de paso, el lujo desplegado por los herederos en coronas, achones, lacayos, y otras zarandajas, muy vistosas, muy artísticas, pero que no son más que revelaciones del orgullo y la vanidad.

No se necesita ser «un lince», ni siquiera observador profundo, para advertir que esa práctica, impuesta por la «viedad» del pueblo, convierte en alegre romería lo que solo como acto de ferviente devoción debiera ser considerado.

En el tránsito y en los alrededores de los cementerios, cuando no en las mismas puertas, abundan los puestos de comestibles baratos y bebidas «misteriosas», que excitando el apetito y convidando á frecuentes «amílicas» libaciones, hacen caer en tentación á los que toman como pretexto «para echar una cana al aire», la ocasión de honrar, á plazo fijo, la memoria venerada de los que fueron. Ya dentro del cementerio, podemos observar la mayoría «de los concurrentes agolpada en torno de las más ricas construcciones, de los nichos más engalanados, de los sepulcros más suntuosos, en tanto que permanece solitaria, esperando cariñoso recuerdo, la humilde tumba, sobre la cual se leen un nombre y una fecha, medio borrados por «la acción del tiempo», sin que mano piadosa vaya á depositar en ella sencilla ofrenda de entrañable afecto.

Y es que hoy el pueblo, trocada la tradición en rutina, visita los cementerios durante la tarde del primero de noviembre, por curiosidad; por lo mismo que acude todos los años en esa fecha á presen-



ciar la representación de *D. Juan Tenorio*, y á aplaudir al protagonista cuando declama aquellos tan sabidos versos de:

«Jamás, ni muertos ni vivos,
amedrentáis mi valor...!»

y por lo mismo que, al llegar «la noche de ánimas», se atraea de buñuelos, aguardiente, vino y «gachas», pues como dice el famoso D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla en su celebrado sainete *El Muñuelo*,

«... era la tremenda noche
de los difuntos, en que las campanas
atunden, más que avivan á las gentes,
aunque sean calaveras agraciadas,
que lo serán horribles con el tiempo:
noche que por costumbre inveterada
deben solemnizarse las tertulias
con puches y muñuelos y castañas.»

Porque, después de todo, la conmemoración de los difuntos, no es más que una de tantas solemnidades religiosas, escogidas por el pueblo para solazarse, bajo capa de devoción, sin perjuicio de mezclar, como dije más arriba, lo humano y lo divino, en sus abigarradas tradicionales prácticas.

Así como en «otros tiempos» no comprendía la muchedumbre que pudiese haber procesión del *Córpus* sin Tarasca, hoy no se convence de que sería más cristiano dedicar sufragios á los difuntos, solemnizar con verdadero recogimiento la fecha por la Iglesia establecida para su conmemoración, y suprimir el *Tenorio*, los «muñuelos» y, sobre todo, el aguardiente, de los que puede disfrutar cualquier día del año, sin caer en nota de profanación.

¡Pero váyale usted al pueblo con semejantes «distingos»!

Después de todo al amparo de esas costumbres viven muchas personas: el industrial que fabrica y expende flores, coronas y demás fúnebres adornos; las empresas teatrales, sus artistas y dependientes; los comerciantes en cera; los que «por módico estipendio» se prestan á cuidar el ornato y alumbrado de los sepulcros; los confiteros, los buñoleros, y otros muchos que esperan la llegada «del día de difuntos», como el jugador espera la suerte de alcanzar «el premio gordo» en esa especie de ruleta nacional, que se llama lotería.

Y «es lo que» ellos dirán:

—Si se suprimen «los festejos» que la costumbre ha sancionado como «propios» del día y todo se reduce á las prácticas religiosas del sagrada rito, ¿qué hago yo con mis coronas? —¿Y yo con mi teatro?

—¿Y yo con mis buñuelos?

Porque parece que es indispensable «todo eso», para que el pueblo, siquiera una vez al año, recuerde á «sus muertos» y aplique sufragios para la salvación de sus almas...

Claro es que, en este ligerísimo «boceto de malas costumbres», solo me refiero á Madrid; aunque por extensión, quizás pudiera aplicarse tales observaciones, en parte al menos, á otras capitales de importancia. En los pueblos de escaso vecindario, «la noche de ánimas» reviste un carácter tético-religioso exagerado por la superstición, que mixtifica la fe más acendrada y las más puras creencias.

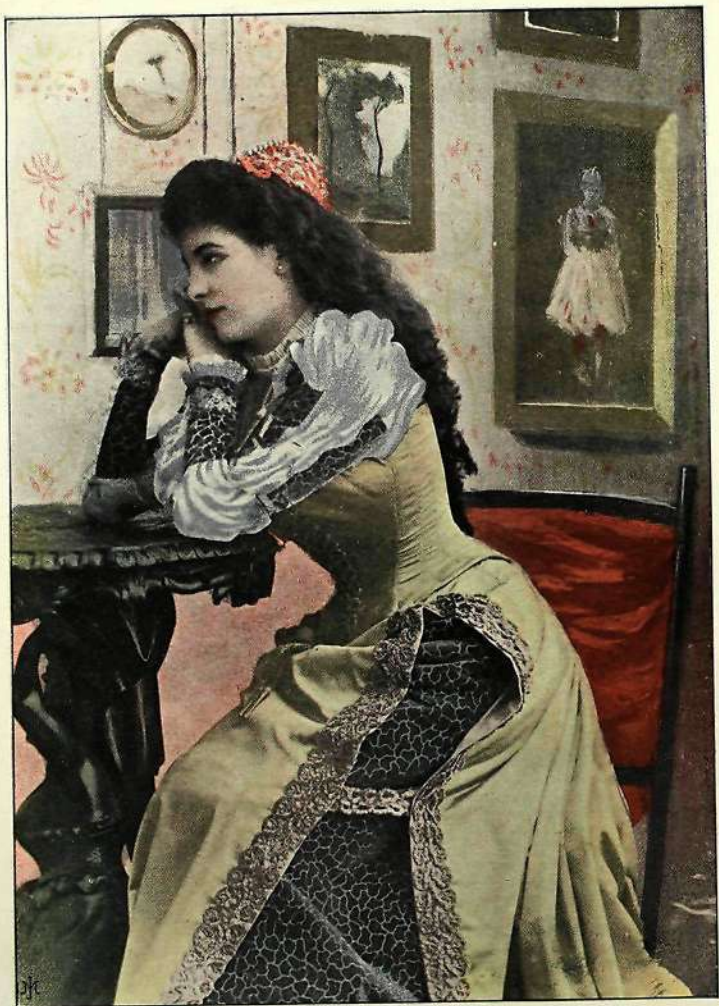
Y así vemos como los sencillos habitantes de la aldea, encienden lamparillas, para evitar «la aparición de las almas en pena», durante la noche del 1 al 2 de noviembre; costumbre muy generalizada y de rancio abolengo, á la que difícilmente renunciaría el pueblo, por ser una de las más íntimas del hogar.

Yo, que rindo en mi corazón culto permanente á la memoria de «mis muertos», y no necesito exteriorizar ese profundo, y para mí sagrado sentimiento del alma, con vanagloria mundana, algo irrespetuosa, cuando en ese día visito el cementerio, busco en el rincón más apartado, lejos de las humanas pompas, la tumba humilde y solitaria, que espera cariñoso recuerdo y sobre la cual se leen un nombre y una fecha, medio borrados por «la acción del tiempo»; y con mano piadosa, deposito en ella una flor, regada con mis lágrimas, sencilla ofrenda de entrañable afecto...



LUIS FALCATO

(Dibujos de F. Verdugo)



DULCES RECUERDOS

Ayuntamiento de Madrid

El Cementerio Abandonado

Olvidados por el mundo,
en el viejo cementerio,
bajo la tierra reposan
eternamente los muertos.

Ya la mano del cariño
no lleva dulces recuerdos
á aquel recinto colmado
de antiguos fúnebres restos.

Lejos pasa el caminante
tal vez balbuciendo un rezo.
Allá, el polvo que fué vida
por siempre sigue durmiendo.

Ningún ave, temerosa,
allí detiene su vuelo;
que la muerte de la muerte
allí su planta ya ha impreso.
En la noche, cuánta angustia

para los que perecieron,
sin la luz de una sonrisa,
sin la caricia de un beso!

Mas, no. Mil flores agresivas
van abriéndose en silencio,
entre las yerbas oscuras
que se extienden por el suelo.

Y surge un canto callado,
ténue y vago, manso y lento.
Son los labios de las flores
lanzando un suspiro inmenso.

«—¡Descansad en paz!—murmuran
con melodiosos acentos,
que no perciben los vivos,
pero que escuchan los muertos.

«¡Descansad en paz! No os duela
que yacgan, sin un recuerdo
en la abandonada fosa,
vuestros descarnados huesos.

«Criadas con vuestra savia,
medidas en vuestro seno,
formamos, agradecidas,
vuestros cariños postreros.

«Jamás imprime en nosotras,
como en los humanos deudos,
ni mudanzas ni traiciones,
el rápido pasodel tiempo.

«Siempre amorosas y fieles,
á vuestro lado viviendo,
nuestra piedad os alienta
y os cubre con mantos bellos.

«Y si cruza un transeunte
junto á este campo desierto,
al mirar nuestras corolas,
os consagra un pensamiento.»

Así las humildes flores
del ruinoso cementerio

eternamente consuelan
á sus pobres compañeros.

Pálidas hijas nocturnas
del rocío blanco y trémulo,
así el puro amor esparcen
de sus corazones tiernos.

Y en perfumada armonía
cantan himnos á los muertos,
ellas, también olvidadas,
arrullándoles el sueño.

JOSE DE SILES



AMORES MUERTOS

Cae la tarde. El cementerio de Celinda, situado sobre una colina suave, de las muchas que entamecen los campos de viña y olivar al oeste del pueblo, destacábase en el horizonte como una cinta blanca, coronada por las puntas verdinegras de los cipreses y las agujas y cupulillas de los panteones; en el centro se elevaba la torre gótica de la capilla, cortada en su base por el ángulo de la techumbre de setos rojizas.

Era víspera de Todos los Santos. Aureliano venía del pueblo vecino, Lindaraja, en un carricoche atarantado, de toldo amarillo, conducido por una jaca torca que guiaba él mismo. Al salir de la carretera para tomar el camino vecinal bordeado de nopales y piteras, había dejado á sus espaldas la vega de Celinda, salpicada de casitas blancas y envuelta en la neblina que subía del río. Ahora tenía enfrente un paisaje triste: tierras calizas, cruzadas por hileras de olivos chaparrudos, donde ya comenzaba á negrear el fruto, entre las hojuelas plateadas, y emparradas por los majuelos, que extendían sus retorcidos sarmientos cargados todavía de pámpanos.

Mientras avanzaba hacia el cementerio, Aureliano, con la mirada perdida en las lejanías del firmamento, que empezaban á teñirse de púrpura, ocupaba su pensamiento en la evocación de recuerdos, llenando su espíritu de dulce melancolía. La calma au-

gusta de la naturaleza en aquella tarde de otoño con que finalizaba octubre; la proximidad del Camposanto, en víspera, de la conmemoración que anualmente consagran los vivos á los muertos; la soledad que le rodeaba, el motivo de aquella excursión vespertina, todo contribuía al recogimiento casi religioso del joven, que, con las riendas en la mano, dejaba caminar á su antojo al caballo, cuyo instinto le impulsaba á emprender unrotecillo largo en el arranque de las cuevas y á refrenar el paso en los declives del camino.

Aureliano iba á visitar la tumba de una dama y á depositar en ella una ofrenda. Doña Patrocinio le quiso como á un hijo y murió con la pena de que no lo fuera en el grado en que pueden serlo los hijos ajenos cuando se tienen hijas. Esto lo sabía Aureliano, huérfano de madre desde la infancia, y su corazón conservaba viva gratitud á la difunta protectora de sus amores, cuando ya éstos habían muerto.

..

Hacia ya más de un año, desde la muerte de doña Patrocinio, que no veía Aureliano á Teresa ni sabía de ella sino muy rara vez y por incidencia. Terminaron sus relaciones en la capital de la provincia, donde ambos estuvieron de temporada, un martes de Carnaval, á causa de las intencionadas coquetterías de Teresa, harta ya de aquellos amores que había tomado por pasatiempo.

Aureliano, por el contrario, amó á su novia honradamente, con afecto tierno y entrañable, y cuando se convenció de que aquella muchacha casquivana era incapaz de corresponder á su cariño y de sentir otros anhelos que el halago de la galantería masculina rendida á su material belleza, entonces renunció con pena á las ilusiones que Teresa había hecho nacer en su espíritu y regresó á su casa solariega de Lindaraja.

Poco después, tuvo noticia del escándalo que había dado Teresa en la capital, fugándose de la casa materna con un oficial tercero de Hacienda; un advenedizo que usaba los cuellos de la camisa muy altos y estaba sujeto á retención de sueldo á consecuencia de su afición al juego. Capturados los fugitivos hubo que casarlos sobre la marcha.

La madre de Teresa falleció á consecuencias del disgusto. Había regresado á Celinda, donde Aureliano la visitaba con frecuencia, y la pobre señora lamentábase de la calaverada de su hija, que tan feliz hubiera sido si le hubiera seguido los maternales consejos.

—Mis ilusiones,—solía decirle,—eran veros casados. Entonces hubiese muerto tranquila.

Un día supo Aureliano que doña Patrocinio había fallecido repentinamente. Fué á Celinda, veló el



cadáver, recibió en la estación á Teresa, que venía con el gahnápiro de su marido, y fué al lado de éste, en el entierro, presidiendo el duelo. Después volvió á su casa de Lindaraja, donde le parecía encontrar-se más solo que antes...

Junto á la puerta del cementerio, en una esplanadilla donde desemboca el camino, dejó Aureliano el carruaje, calzadas las ruedas con dos piedras, y después de recoger una corona de siemprevivas, que había traído consigo, penetró en el recinto donde el vecindario de Celinda archiva sus muertos.

Un patio único, cuadrangular, limitado por cuatro muros con filas de nichos y dividido en cuarteles cubiertos de sepulturas; un paseo central, bordeado de cipreses, que conduce de la puerta del Campopanteones, pertenecientes á otras tantas familias linajudas ó

Aureliano, cargado con la corona de siemprevivas, dirigióse hacia el panteón, todavía en obra, donde enterraron á doña Patrocinio.

En aquel momento, venía de allí una cuadrilla de albañiles, que daban por terminada la jornada. Mientras salían del Camposanto, Aureliano entretúvose en leer, de paso, las inscripciones grabadas en las losas sepulcrales.

—Hé aquí un epitafio—pensaba—que parece un geroglífico comprimido:

«D. O. M. *¡¡¡Margarita!!!* R. I. P.» y encima una cabeza de angelito con alas...

«El Sr. D. Trifino Martínez y Gutiérrez de López Alvarez, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III, abogado, propietario...» Siguen los títulos. ¿Qué razón tenía Clemente XIV al decir que las pompas y vanidades de la vida, no son otra cosa, en resumen, que algunas palabras más para un epitafio!... En cambio, este: «...el estudiante de Farmacia D. Juan Rivas terminó el 15 de abril de 1889 su carrera mortal...» Estos aficionados á hacer frases no respetan ni la tumba. ¿Versos? Veamos: «Aquí, con dolor prolijo...» Basta; en lo prolijo se ve al maestro de escuela, que siente por cuenta del hijo del difunto.

De este modo, llegó Aureliano al panteón, que los albañiles habían dejado limpio, para la festividad del día siguiente. El joven dejó la corona en un banquillo de piedra y fué á arrodillarse ante la lápida del único nicho que allí estaba ocupado; los otros mostraban sus huecos abovedados, como un casillero vacío que la muerte se encargaría de llenando. Uno de aquellos hubiera sido el último asilo de Aureliano, si se hubiesen cumplido los deseos de la fundadora del panteón. En su lugar, ocuparía el sitio, cuando le llegase la hora, el ex funcionario público de los cuellos tiesos.

Cruzadas las manos sobre el borde inferior de la lápida y apoyada en ellas la frente, Aureliano permaneció un buen rato en profundo ensimismamiento. Al levantarse, para recoger la corona y depositarla al pie del nicho, vió ante sí una mujer esbelta, enlutada, de rostro muy pálido y grandes ojos negros que lo miraban con tristeza. Un poco detrás y en actitud respetuosa estaba una sirvienta, cargada con cirios y ramos de flores.

—Gracias, Aureliano,—dijo la enlutada con voz un poquitín temblorosa.

—¿Teresa!

—Sí, yo soy. En la puerta he visto tu tartana y comprendido que estabas aquí. Te lo agradezco de todo corazón.

—No, Teresa; no tienes porque agradecérmelo. Lo hago sólo por ella.

NICOLÁS DE LEYVA



LOS CEMENTERIOS



BARCELONA: INGRESO AL CEMENTERIO

La piadosa costumbre de visitar los cementerios el día de la Commemoración de los Difuntos es una de las que con más fuerza se conservan, puesto que responde á una necesidad moral inherente á la naturaleza humana. Siempre, desde los más remotos tiempos, ha sido propio del hombre venerar los restos de sus ascendientes, y la uni-



MADRID: PANTEÓN DE QUINTANA



MADRID: PANTEÓN DE AYALA

versalidad de este sentimiento es indudablemente uno de los rasgos fundamentales de nuestra especie. Las cenizas de los antepasados y de los que nos han abandonado en nuestra peregrinación por la tierra son sagradas aun para el ser más pervertido, y responden de la legitimidad y necesidad de este carácter el que siempre haya sido



MADRID: PANTÉON DE RODRÍGUEZ RUIZ

mación; el espíritu no muere nunca y el cuerpo no se cristaliza en la inercia sino que obedece á las leyes que rigen á todo cuanto tiene existencia en el universo.

El día de la Conmemoración de los Difuntos es para sentir, para recordar, para avivar los aletargados duelos de aquella ausencia de que no se vuelve nunca; las apasionadas invectivas contra los que fueron convirtiéndose en apacible remembranza; la fría losa del sepulcro aquieta las cóleras y hace ser compasivo. Pensamos que no hemos de mantener nuestros antiguos juicios ante el destino del que un tiempo atacamos ó aborrecimos, y si esto sucede con los que fueron nuestros enemigos ¡cuánto más no será tratándose de *nuestros muertos*!

No es de extrañar, por lo tanto, dada la profundísima transformación que experimenta nuestra

condición moral en el interior de un cementerio, que las imaginaciones infantiles y

las sensibilidades poéticas los hayan poblado de fantasmas y visiones; la idea de la Muerte se cierne con incontestable persistencia sobre aquel recinto, y la mente se halla dispuesta como nunca á ser presa de las alucinaciones; la mayoría siente indudablemente como cierto pavorosa emoción al extender la noche sus sombras sobre el Campo Santo, pero el que verdaderamente se eleva hasta el concepto de la Creación se convence de que está en presencia de un lugar misterioso, en el cual se elaboran secretamente nuevas vidas; en el que reina una invisible corriente de nuevas fuerzas y se realizan sordos trabajos de reconstitución orgánica. Así, bajo los suntuosos panteones, bajo las pobres cruces, bajo la blanda tierra cubierta de flores y de yerbas, continua la Creación su obra incesante, mientras flotan en el aire los recuerdos, y, sin advertirlo, se convierten en símbolos los despojos yacentes, confundiendo en una unidad grandiosa el Espíritu y la Materia, lo Pasado y el Presente, la vida de hoy y la futura vida.



VALENCIA:

PANTÉON DEL POETA VICENTE WENCESLAO QUERO

(Fot. de Amador)

CARLOS MENDOZA

así, desde los siglos de los siglos, bajo todas las formas de la sociedad humana, en todos los períodos de la civilización y sobre toda la haz de la tierra, desde las heladas regiones en que habita el esquimal hasta la zona ardiente poblada por los indios y los negros.

Parece como que la visita á los cementerios, la contemplación de las tumbas en que yacen los seres queridos, la vista de los enterramientos en que reposan los que un día fueron gloria del arte ó del saber, capitanes valerosos, nos obliga á meditar sobre el presente y á prepararnos para el porvenir, abriéndonos horizontes que se nos ocultan en el tráfico de la vida ordinaria. Lugar es aquel de reposo, pero se engañaría miserablemente el que supusiera que allí se acaba todo. En una ú otra forma la inmortalidad es; la inmortalidad *será*; la inmortalidad es inherente á lo que somos, como hombres. El descanso en el cementerio no es el reposo en la nada, sino un lugar transitorio, y comprendase como quiera, es cierto lo que aparece esculpido en lápidas y repiten las voces de los sacerdotes: *Resurrectionem*



MADRID: PANTÉON DE MESONERO ROMANOS

NOCHE DE ANIMAS

(LEYENDA LEVANTINA)

I



UANDO se extendió por Juncaleda la noticia, horrorizáronse todos los valientes y sencillos pescadores de la aldea; y los de mayor experiencia, los más viejos y curtidos en las luchas del mar, fueron á casa de la Garzanda, para disuadir de su descabellado propósito á aquella endiablada mujer.

Pero fué todo inútil. «La patrona» mantuvo su palabra y los despidió á todos con malos modos, agregando «que en sus barcas mandaba ella, que los mándrias se quedarán en casa y que si no encontraba gente animosa, ella misma mandaría aquella noche la pareja y empuñaría el timón con más coraje y firmeza que aquella gente supersticiosa y apocada.»

Y la pareja de la Garzanda salió contra viento y marea de la playa de Juncaleda, la memorable noche de Animas de 18..., internándose en las azules aguas del golfo de Valencia, con gran escándalo y pavora de la gente de mar que dudando de la temeridad de aquella mujer, acudieron á la playa para convencerse de que era verdad tanta locura. Nadie, desde que unos cuantos pescadores valencianos plantaron sus chozas junto al mar, fundando á la pintoresca Juncaleda, había salido á pescar las noches de Difuntos y de Animas, temerosos de la leyenda que decía: que unos pescadores que en tal noche se arriesgaron á hacerse á la vela en vez de quedarse en tierra elevando al cielo sus plegarias por las almas de los que perecieron en el mar, fueron víctimas de su codicia y las olas arrojaron á la playa sus restos, mutilados y roídos por los tiburones.

—Pues se le puede aguar el negocio,—decía uno.

—Lo que me extraña,—interrumpió otro,—es que haya encontrado gente para tripular la pareja.

—Ha tenido que buscar gente perdida de fuera de aquí; pilletes del puerto y marineros sin barco. Del pueblo no van más que su marido y su cuñado. Dicen que ella misma los ha metido á empuellones en la barca.

—Dios sea con ellos y les proteja y perdone,—murmuró un viejo que oía y callaba.—Rezaad un padre nuestro por ellos, esta noche y no envidiéis su suerte, hermanos.

Un momento después, solo turbaba el sosiego de la aldea el rumor del cercano mar que movía sus aguas con formidable oleaje y los silbidos del viento que agitaba las cubiertas pajizas de las barracas de Juncaleda.

II

A bordo de las dos barcas de la Garzanda, se oían voces enérgicas, juramentos, ternos y maldiciones, mandando tal ó cual maniobra. No corrían un temporal deshecho; pero el viento era récio, tremendo el oleaje y la noche oscura, negra como el alma de aquella mala mujer que les enviaba tal vez á la muerte. Era de temer que si el viento no calmaba, habrían de volver á casa sin mojar siquiera las redes. Pero conforme transcurrían las horas é iban acercándose las de la madrugada, comenzó á amainar el fuerte y húmedo levante y á sosiegar las aguas, echando, por fin, las redes al agua poco antes de salir el sol, pero infructuosamente; el agua se escurrió por las mallas en las que quedaban aprisionadas algas, arbustos acuáticos y valvas de moluscos. Los tripulantes que arrojaron las redes disimulando su miedo, reían ahora, burlándose de la leyenda y de todo Juncaleda. Salieron del golfo á alta mar y entonces sí que pesaba el copo. Redoblaron sus esfuerzos y al cabo de unos instantes saltaban sobre cubierta confundidos á montones el coloreado dentón, el lenguado pardusco, la plateada merluza, el salmónete rojo y el azulado róbaló junto á las langostas y langostines rojos, inquietos y saltones.

Durante algunos momentos las dos barcas parecían tripuladas por locos; tal algarabía armaron y á tan extraordinarias muestras de alegría se entregaron aquellos hombres que veían por sus propios ojos y á la luz del sol deshecha la leyenda, destruida la supersticiosa conseja. En pocas horas realizaron tan bra-



va faena que ya no cabía el pescado en la sentina ni sobre cubierta. Decidieron volver á casa para retornar en seguida al mar. «¡Bonito negocio iban á hacer, mientras los otros tontos estaban en tierra mascando oraciones y dándose golpes de pecho!»—decíanse ellos. Al caer la tarde, cuando los últimos reflejos del sol doraban aún las velas de las dos barcas, distinguieron la espadaña de la iglesia de Juncaleda y pusieron proa á ella, entrando en el seno del golfo; al caer las primeras sombras de la noche vararían en la playa, seguramente. De pronto se oyó bajo cubierta un estentóreo grito de angustia y salía por una de las escotillas, pálido como un difunto, desencajados los ojos, y erizado el cabello el joven que habían mandado á encender el farol, señalando el lugar de por donde acababa de aparecer. Tras un momento de vacilación, los más animosos se acercaron á la escotilla. Les bastó con mirar, no fué menester que bajasen. El enorme fardel se balanceaba en el centro de la sentina alumbrando un horrible espectáculo.

Sin número de roidas osamentas humanas; húmedos y redondos cráneos en los que se reflejaba la luz con siniestros destellos; enormes esqueletos de monstruos marinos agarrados con otros de forma humana, como si la muerte les hubiera paralizado librando terrible lucha; todo revuelto, todo confundido llenaba



aquella cavidad en la que parecía que se habían vertido todos los horribles despojos que llenan el fondo de los mares. Apartaron de allí sus miradas y el mismo espectáculo vieron donde quiera que fijaban la vista. Al pie del mástil; junto al tonel del agua; al lado del fogón; enredados con las cuerdas y redes; sobre las bandas; donde antes estaban los montones de pescado fresco y hermoso, boqueando aun, ahora se veían hediondos restos humanos entremezclados con los de otros organismos marinos. Abandonado el timón y viéndose en popa iban las dos barcas impelidas hacia la orilla, cercana ya, llevando á proa agrupados, revueltos, como huyendo de la propia nave que les conducía, los hombres que antes las tripulaban contentos y alborozados y ahora semejabán una turba de condenados, escapados de los infiernos dantescos, cuyos ojos saltones y relampagueantes miraban ansiosamente las luces de la aldea que ya se veían clara y distintamente.

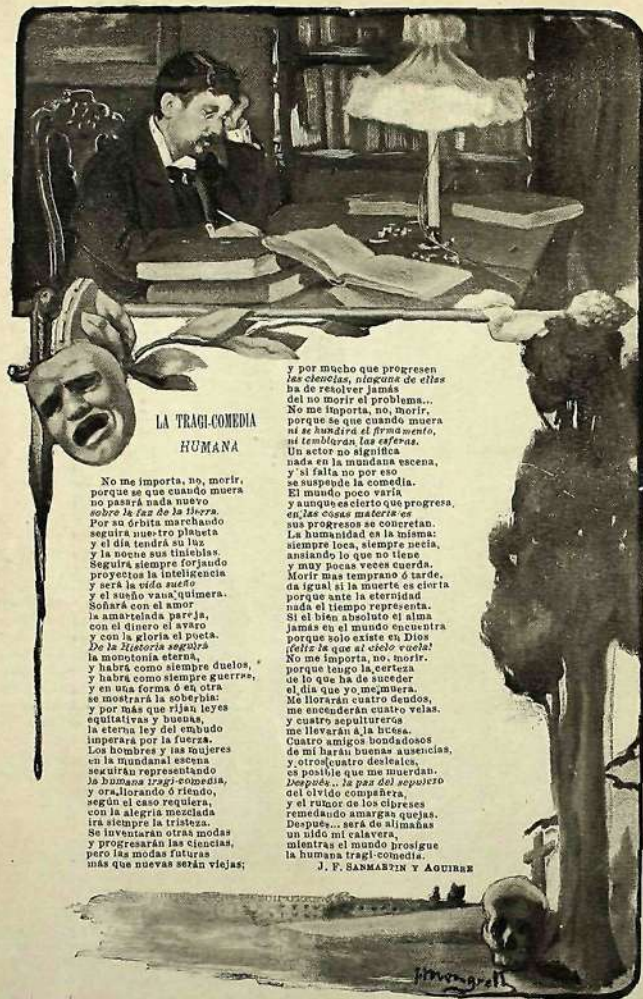
te, y en cuya playa encallaban momentos después. Apenas tocaron arena las quillas, dando una suave sacudida las barcas de la Garzanda, se arrojaron al agua aquellos infelices y corrieron, como perseguidos por el diablo, hacia Juncaleda, dejando abandonada la pareja en las rompientes de las olas. No fué de los últimos en llegar á su casa el marido de la diabólica mujer que tan triste aventura ideó; y no bien comenzaba á aporrear desesperadamente la endeble puerta de su barraca, cuando apareció tras ella la Garzanda, alta, erguida y ceñuda á punto que el pobre hombre caía redondo en el umbral.

III

A muchos costó la vida aquel suceso; el patrón estuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte, y si salvó el pellejo quedó alelado, tonto, sin habla y medio paralítico. Los pocos tripulantes, que no murieron del susto, desaparecieron para siempre de Juncaleda. Y, cosa rara; el sol alumbró restos de tablas, remos, redes destrozadas, velas rotas, rollos de cuerdas... pero no se vió ni un solo despojo humano, de aquellos que decían que llenaban la pareja ni tampoco pescado alguno. ¿El día había borrado los fantasmas creados por la noche tenebrosa? La Garzanda perdió sus barcas; tuvo que malvender su barraca; su hija quedóse sin casar y ambas tuvieron que pedir limosna para dar un pedazo de pan al pobre tullido, que cuando oía dar voces á aquella codiciosa mujer temblaba y le saltaban las lágrimas como á un niño.

«Por esto,—acabó el viejo pescador que me refirió esta leyenda,—no salen al mar la noche de Animas los buenos y sencillos pescadores de Juncaleda; juntándose en familia, en nuestras pobres barracas, para rezar por nuestros muertos, especialmente por los que tenemos sepultados en ese hermoso y traicionero mar.»

B. MORALES SAN MARTÍN



LA TRAGICOMEDIA HUMANA

No me importa, no, morir,
porque se que cuando muera
no pasará nada nuevo
sobre la faz de la tierra.
Por su órbita marchando
seguiré nuestro planeta
y el día tendrá su luz
y la noche sus tinieblas.
Seguiré siempre forjando
proyectos la inteligencia
y será la vida sueño
y el sueño vana quimera.
Sofará con el amor
la amatejada parja,
con el dinero el avaro
y con la gloria el poeta.
De la historia seguirá
la monotonía eterna,
y habrá como siempre duelos,
y habrá como siempre guerras,
y en una forma ó en otra
se mostrará la soberbia:
y por más que rijan leyes
equitativas y buenas,
la eterna ley del embudo
imperará por la fuerza.
Los hombres y las mujeres
en la mundanal escena
se dirán representando
la humana tragi-comedia,
y ora llorando ó riendo,
según el caso requiera,
con la alegría mezclada
irá siempre la tristeza.
Se inventarán otras modas
y progresarán las ciencias,
pero las modas futuras
más que nuevas serán viejas;

y por mucho que progresen
las ciencias, ninguna de ellas
ha de resolver jamás
del no morir el problema...
No me importa, no, morir,
porque se que cuando muera
ni se hundirá el firmamento,
ni temblarán las esferas.
Un actor no significa
nada en la mundana escena,
y si falta no por eso
se suspende la comedia.
El mundo poco varía
y aunque es cierto que progresa,
en las cosas materiales
sus progresos se concretan.
La humanidad en la misma
siempre loca, siempre necia,
ansiendo lo que no tiene
y muy pocas veces cuerda.
Morir mas temprano ó tarde,
da igual si la muerte es cierta
porque ante la eternidad
nada el tiempo representa.
Si el bien absoluto el alma
jamás en el mundo encuentra
porque solo existe en Dios
(¿elra la que al cielo vuela?)
No me importa, no, morir,
porque tengo la certeza
de lo que ha de suceder
el día que yo me muera.
Me llorarán cuatro duendos,
me enconderán cuatro viejas,
y cuatro sepultureros
me llevarán a la bécra.
Cuatro amigos bondadosos
de mí harán buenas ausencias,
y otros cuatro desleales,
es posible que me muerdan.
Después... la paz del sepulcro
del olvido compaña,
y el rumor de los clores
remedando amargas quejas.
Después... será de alimañas
un sído mi clavera,
mientras el mundo prosigue
la humana tragi-comedia.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



LA SOIRÉE

Ayuntamiento de Madrid

EL VIAJE DE LOS REYES DE PORTUGAL A OPORTO



PALACIO DEL AYUNTAMIENTO



TEMPLO DE SAN FRANCISCO DONDE SE CANTÓ EL «TE-DE-UM»

Como nuestros lectores naturalmente no ignoran la capital del norte de Portugal, habido en la última legislatura tres diputados republicanos, contestando así a las medidas adoptadas por el gobierno contra la ciudad infestada por la peste bobónica, en aquella ocasión. Ahora el gobierno es otro, pero las cosas en Oporto parece que no han cambiado mucho, y como las elecciones están muy cerca, pues se deben efectuar el 11 de noviembre, los gobernantes han resuelto el viaje de los reyes al norte del país vecino, esperando, con ello, remover ciertas dificultades. Los portugueses cierto es que tienen algo de misionistas, como sucede con los lusitanos casi en general, pero, a pesar de eso, nadie cree en los



ESTACIÓN DE CAMPANHA, DONDE DESEMBARCARON EL REY CARLOS Y SU ESPOSA



VISTA DE OPORTO Y VILLA NUEVA DE GAYA



VISTA DEL PUERTO

(Fot. de Guedes)

resultados prácticos de ese viaje para el partido conservador, y la prueba de lo que decimos se podrá ver á no tardar.

Respecto á la recepción diremos que se hallaban en la estación de Campanha, además del elemento oficial portugués los comandantes del cañero español Balboa y del crucero inglés *Pactolus*, y D. Emilio Godínez, agregaba á la legación española en Lisboa. Las tropas de la guarnición, en número de unos 2,000 hombres, formaron cordón á lo largo del trayecto. Las calles de San Antonio y de Clérigos, y la plaza de D. Pedro aparecieron por la noche brillantemente iluminadas por la luz eléctrica. Después de una corta permanencia en la capital SS. MM. regresaron á Lisboa.

Carlos Múñoz (Siphax)

NOTAS CÓMICAS

SE OROPID



DE OCTUBRE



—Y aquí te dejé estos señores que te harán tan feliz como yo te hice. —Bueno, ¿pero qué isloles tenemos ahora que perder? —El único islole que se pierde soy yo. —¿Pa siempre? pues sean bien vendidos.



Y á todo esto el señor Pidal tocando la jota, es decir, las consecuencias de la J. del Diario de Barcelona.



Como ha recibido al general Linares parte de la prensa.



Un señor que se acomoda bien en todas las poltronas.



¡Las gentes se alarman sin fundamento! Ya se seguirán que nos van á tratar como á un pelotón de quintos.



Si me vuelven á ofrecer otro cargo, les suelto una bofetá que ni la de marra.

ENTREPAGINAS

EL DIA DE DIFUNTOS (A LA MEMORIA DE JEANITO)

I
Los vivos hoy acuden
al Cementerio
a pasar breves horas
entre los muertos:
del Campo Santo
hoy se turba el reposo
de todo el año.
Hoy, en deudos y amigos
pensamos todos:
los muertos no se quedan
tristes y solos
hoy se engalanan
las tumbas, otros días,
abandonadas.
Lloremos a los muertos
que ayer dejaron
nuestros hogares tristes
y solitarios.
Hoy manda el uso
que nuestros corazones
vistan de luto.

II
Ante todas las tumbas,
pobre hijo mío,
inmensa muchedumbre
hoy habrás visto:
nadie su planta
detuvo ante la tuya,
hijo del alma.
El pecho de tus padres
tu tumba encierra,
y en ella, de continuo,
solo ellos rezan;
pues no queremos
que nadie con nosotros
comparta el duelo.
Cuando tú abandonaste
nuestra morada,
huyó también la dicha
de nuestras almas.
Llorando solos,
el dolor mitigamos
de tu abandono.

PEDRO GARRIGA Y PUIG
EL GLOBO «CENTAURE»
Con justicia ha ganado el gran premio de los aeronautas el conde de Vaulx, pues ha batido el *record* en punto á navegación aérea.
Salieron de París el citado conde y M. Castillon de Saint Victor, en el globo *Centaur* el día 3 de octubre, á las cinco y media de la tarde, con viento del oeste, elevándose luego á 2.000 metros de altura. A las cinco y media de la mañana siguiente estaban sobre Baviera y veían á corta distancia el globo *Saint Louis*, tripulado por M. Balzan, en competec-

cia con el *Centaur*. Eleváronse poco después á 4.000 metros, y seguidamente á 6.000 metros teniendo que sufrir una temperatura de 7 á 15 grados bajo cero, de manera que para no sucumbir á causa del enfriamiento del aire se vieron obligados á echar mano de los balones de oxígeno que llevaban á prevención, hasta que, por fin, la mañana del 11 descendieron, resultando que se encontraban cerca de Kiev, en la Rusia Menor, habiendo recorrido por lo tanto un trayecto de 2.000 kilómetros, siete cientos más que el máximo de los recorridos anteriormente.

MONUMENTO A CHOPIN

El 18 del pasado se inauguró en París, en el jardín de Luxemburgo, bajo una lluvia torrencial, el monumento erigido á la memoria de Chopin, por sus admiradores. Consiste en el busto en bronce del exquisito músico á quien alguien llamó con exacta frase *el alma en pena del ideal*, sostenido sobre un esbelto pedestal que descansa á su vez sobre un zócalo de granito; á la mitad de la altura de dicho pedestal se desprende un busto de mujer, en alto relieve, representando el Sufrimiento. La obra es debida al escultor Jorge Dubois y al arquitecto Eugenio Petit. La concurrencia fué escasa, apenas cincuenta personas, en su mayoría polacos.

Si yo tuviera * talento
de France ó de Alberto Cym
escribiría un gran cuento,
titulándolo: «El Porrieto
del doctor LADIVONSIM.»

EL MATRIMONIO

Tonterías y verdades acerca de este asunto

De la palabra *marido* salen estas combinaciones:
Mar-ido: (ido al mar: esto es, hombre al agua).
Ri-ma-do: (puesto en verso: parecado: porque al casarse se pareó).
Mi-ra-do: (porque tiene que mirar mucho todo lo que hace y todo lo que ve).

De la palabra *casado* sale esto:
Sa-ca-do: (de quicio).
Sa-da-do: (á perpetuidad).
Caso: (de cólera morbo).
Y de la palabra *esposo* puede salir:
Soso: (para su mujer).
Oso: (para la humanidad).
Peso: (por el que lleva encima).

Casos en que está en berlina un marido:

Cuando elogian mucho á su mujer.
Cuando la galantean.
Cuando un hombre la hace un obsequio.
Cuando su mujer baila con otro.
Cuando su mujer se desmaya en público.
Cuando dice una barbaridad su mujer.
Cuando no sabe por qué se ríe su mujer.
Cuando su mujer tiene hijos siete meses.
Cuando él da pellicozos á la criada y le sorprende su mujer.
Cuando cree que ya está viudo y resucita su mujer.

CHARADA

Segunda y prima, apellido español y no vulgar:
español y segunda, en el mar muchas veces la he cogido.
Y el *todo* es nombre abreviado de un pedacito de gloria que me llena la memoria y me tiene trastornado.

JEROGLIFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior
Charada.—Margarita.
Ensaye hecha.—Poner albarda sobre albarda.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. F.—Barcelona.—Se ve que tiene usted condiciones; el cuento es maravillosamente romántico y se notó inesperienza en su desarrollo, pero en fin, revela imaginación, sentimiento y hace augurar que podrá usted escribir cosas interesantes si se fija más en la realidad que en las historias de condes y castillos.
M. G. C.—Barcelona.—Muy moral, pero esto no basta. Además, que no se ganó Zamora en una hora, y por algo dijo el inmortal Hipócrates: *Ans longa, vita brevis*...

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTESE CÓDIGO, NO SE DEBE VULNERAR NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIFOTOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

AYUNTAMIENTO DE MADRID

ADMINISTRACION
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA



DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 3 NOVIEMBRE 1900

Núm. 78

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL 60 REIS

POR TODO MARRUECOS



POR D. JULIÁN ALVAREZ DE SESTRI

Obra ilustrada con magníficos grabados, según fotografías ó dibujos del natural.—Un tomo en tela, 7'50 pesetas.

OBRAS ILUSTRADAS Y DE GRAN LUJO * RAMON MOLINAS, EDITOR



REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor LADIVONSIM

Este preparado, verdadero rey de los callicidas, no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la curación radical de una dolencia que tanto molesta y aflije á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

DE VENTA: En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América

Dirección Postal: VIDAL SIMON, Calle de Fomento.—BARCELONA (Clet).

MADRID
Tres meses, 2'50 ptas.—Seis id., 4'50.—Año, 8
PROVINCIAS
→ Semestre, 5 ptas.—Año, 9 →

Anuncios españoles: Ptas. 0'25 línea de 45 mpm.



OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10.—MADRID

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACION Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE ESPAÑA Y AMERICA

UNION POSTAL

→ Un año, 15 pesetas ←

VENTA

Número corriente, 0'15; atrasado, 0'25

Anuncios extranjeros: Ptas. 0'35 línea de 45 mpm.

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid